

Alberto Santamaría, *Si fuese posible montar en una bruja. Seguido de Auto de Fe de Logroño*, Leandro Fernández de Moratín, Santander, El Desvelo, 2016, 352 pp.<sup>1</sup>

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.9.2018.XXXI-XXXVI>

Una vuelta de tuerca es lo que nos entrega Alberto Santamaría en las páginas de *Si fuese posible montar en una bruja*, cuya propuesta de “leer a contrapelo la vaporosa figura [...] y rescatar, al mismo tiempo, todos los pliegues de modernidad ocultos en la prosa moratiniana” se remonta a un viejo proyecto emprendido en 2010 y que, antes de esta, dio a luz a otras dos publicaciones: *El hombre que comía diez espárragos* (2010) y *La vida me sienta mal* (2015).

Ahora bien, conviene comenzar esta reseña por el principio; más cuando la identidad del libro se presenta con un título tan *mágico* y atractivo que sitúa al lector, a simple vista, en la llamada “Ilustración mágica”, concepto desarrollado por Luis Felipe Vivanco en su clásico estudio sobre Moratín de 1972 y cuya lectura Alberto Santamaría continúa en este libro. El título invita, además, a un vuelo singular, pues, en efecto, muy pocos se atreven a *montar en una bruja* y *desmontar* la visión canonizada de un autor tan consagrado como Leandro Fernández de Moratín. Asimismo, el condicional *si fuese posible* abre la puerta a un cambio en torno al retrato de Moratín, del simplista como neoclásico a otro complejo y moderno, objetivo del presente libro.

Pero al título principal, que da pistas acerca de la primera parte ensayística del volumen, le sigue un subtítulo, que anuncia la segunda parte del libro: *seguido de | Auto de fe de Logroño | Leandro Fernández de Moratín*; es decir, la edición crítica (con restitución de fragmentos censurados por el propio Moratín) y la reproducción facsimilar de la versión del *Auto de fe de Logroño* de 1610 publicada por Moratín en 1820, tras la prínceps de 1811. El autor explicita, desde el principio, que con estas dos partes pretende crear un libro unitario, con un ensayo teórico preliminar y su correspondiente caso práctico (la edición del *Auto de fe*).

*Si fuera posible montar en una bruja* persigue una lectura renovadora acerca del personaje y la prosa de Moratín, que Santamaría comprende como un instrumento incisivo empleado por Leandro para construir y atestiguar su

---

<sup>1</sup> Una primera versión reducida de esta reseña fue impresa en italiano, con el título “Recensione: Alberto Santamaría, *Si fuese posible montar en una bruja...*”, en la revista *Nuova informazione bibliografica*, 2, 2017, pp. 365-370.

yo moderno, desengañado y crítico con el estado de su país e incluso con el de Europa a finales del siglo XVIII. Santamaría nos presenta a un Moratín escéptico, libre y disipado, imagen paralela a la oficial que él mismo procuró proyectar como sobrio ilustrado y pulido escritor teatral neoclásico. Se trata, pues, de un *otro Moratín* que halló en la prosa y en el diario de viajes “una máquina literaria (auto)destructiva” con la que combatió su propia imagen pública y mostró atisbos de una nueva sensibilidad romántica que, empero, permaneció en ciernes. Esta desdoblada imagen de sí mismo, la del Moratín oficial y la del disidente, revela un yo complejo que Santamaría decide explicarnos con un desarrollo que sigue los pasos y años de la vida del escritor.

No obstante, antes de emprender el viaje, Santamaría se asegura una base de partida. De este modo, ocupa tres páginas en anunciar la existencia de los dos Moratines y el objetivo de centrarse en la prosa moderna de su *Otro*. El apartado siguiente, “El lugar de lo sensible”, nos sumerge en el espíritu ilustrado de la centuria y también nos descubre y explica, con gran agudeza y referentes político-filosóficos del momento, sus contradicciones en diversos órdenes. Por último, en “La prosa y sus afueras españolas” se ahonda en la reflexión de Moratín sobre el potencial de la prosa como forma de libre expresión y de análisis descriptivo sin sentimentalismos, siendo a la vez escritor protagonista y crítico y, por tanto, exhibiendo un proto-romanticismo y una prosa moderna, intimista, dirigida a un lector del futuro y marcada por los contrastes entre lo banal y lo elevado, lo racional y la superstición, el paisaje y la reflexión, el elogio y la sátira.

A partir de estos cimientos, el ensayo se desarrolla en siete capítulos durante los que nos movemos con Moratín, desde su vida en Madrid como joyero, sus dos viajes a Francia con Cabarrús, sus meses de vivencias en Inglaterra y su paso por Alemania y Suiza camino a Italia en 1793, donde residirá tres intensos años. Viaje y escritura se fusionan en el texto descriptivo-argumental de Alberto Santamaría, construido en base a las cartas, el diario personal, las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* o el *Viaje a Italia*, con el fin de conducirnos a la demostración de la existencia de *otro* Moratín y del carácter moderno de su prosa, que sintoniza con textos o conceptos románticos del momento.

En consecuencia, Santamaría logra sustentar y revelar la impronta europea y moderna de la prosa moratiniana, en la que se narra de manera fragmentaria y libre, con una mirada cómico-crítica y subjetiva, testimonio ya de una nueva sensibilidad. El Moratín “personaje fronterizo”, a las puertas del romanticismo, ha sido legitimado y las conclusiones obtenidas se listan.

El último capítulo de esta primera parte, “Coda”, introduce ya la segunda sección del libro, dedicada a la edición del *Auto de fe* practicado en Logroño de 1610 y publicado con notas satíricas y paródicas por Moratín en 1811 y 1820. En estas páginas Santamaría revisa la historia editorial del *Auto de fe*, impreso en 1611 por Juan de Mongastón y rescatado por Leandro Fernández de Moratín en el Setecientos para denunciar la barbarie y la sinrazón de los procesos inquisitoriales. Con este fin, pues, el escritor publicó el auto original, aunque con notas que lo desautorizaban y lo denunciaban mediante la recurrencia a un estilo similar al épico-burlesco de Pope, paródico y ridículo, lo cual creó diversos niveles de lectura dentro del propio texto aprobado por el Santo Oficio. Ante el artefacto político-literario creado por Moratín, que combate al mismo Tribunal responsable del *Auto*, Santamaría afirma: “la compulsión ficcional de Moratín ya estaba ahí [...] Es la prosa el lugar desde el que se está construyendo el nuevo territorio sensible de la literatura” (pp. 127-128). Con la amplificación irónica, paródica y ficcional introducida en el *Auto de fe*, Moratín logra potenciar y ridiculizar el espectáculo de lo trágico, incluso insertando breves diálogos teatrales sobre la censura o edición del propio texto que se estaba anotando o aportando referencias literarias o inventadas en equiparación con situaciones o declaraciones reales presentes en el *Auto*. En un clima de asfixia político-religiosa, Moratín encuentra con esta prosa *al margen* una vía de expresión que cuestiona, como en sus textos de viajes, el canon oficial y permitido.

En este punto, Santamaría suelta al lector y, a excepción de la “Otra nota previa” del editor alusiva a las reproducciones que se presentan del *Auto de fe* de 1610, la voz del ensayista e intérprete de la primera parte se silencia para que asistamos solos al teatro del terror y la superstición brujeril y demoníaca de la Inquisición, aunque con un comentarista que ya nos resulta familiar: el *otro* Moratín.

Pero tomemos también nosotros distancia de este libro, como Alberto Santamaría y Moratín nos han enseñado, y acerquémonos a él desde una perspectiva crítica. En este sentido, puede objetarse la parca atención que el ensayista dedica a analizar la versión moratiniana del *Auto de fe* que se presenta en la segunda parte del libro y que, si pretende ofrecerse como ejemplo de la tesis defendida en torno al *otro* Moratín y la modernidad de su prosa, habría de acompañarse de un estudio más detallado de esas notas. De hecho, se planteaba como una oportunidad idónea para reforzar la conexión entre ambas secciones del volumen e imprimir sobre ellas la propuesta principal de Santamaría: esto es, el retrato del disidente Moratín y su novedosa prosa, producto de la nueva sensibilidad proto-romántica bullente en Europa.

Además, tras una brillante investigación en torno a la prosa de viajes moratiniana, editar el *Auto de fe* publicado en 1820 invitaba a detenerse en justificar su relación con la escritura libre y disconforme del diario o los apuntes por el extranjero, con más ahínco aún si consideramos que fue la única prosa de su perfil no-oficial que Moratín publicó en vida y, por tanto, la más determinante y valiosa para ratificar la conciencia del escritor acerca de su yo moderno, más allá del revelado en anotaciones o en cartas personales – documentos salidos a la luz después de su muerte–.

En este sentido, Santamaría solo esboza un hilo conector, pero no ahonda en el análisis de las notas de Moratín con interpretaciones y ejemplos concretos, aptitud que sí despliega para la prosa de viajes. Por lo tanto, el encuadre teórico-filosófico de la versión de 1820 del *Auto* es excelente; sin embargo, Santamaría nos deja con la miel en los labios. Echamos en falta, en definitiva, una penetración crítica en las notas y una caracterización de esta prosa moderna, estudio filológico que sí realiza Rafael Alarcón Sierra en su artículo de 2007 dedicado a defender, asimismo, la escritura moderna de Moratín en sus *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*<sup>2</sup>. A este respecto, en las notas de Moratín al *Auto de fe* se aprecia un estilo anti-retórico, dinámico y agudo, con tintes irónicos, exageraciones, contrastes de registro (coloquial o erudito), fingida objetividad y apelaciones constantes al lector, de modo que, entre sus recursos, aparte de la parodia o la ironía inteligente, destaca la moderna implicación del yo narrador/editor. Esta figura se autorrepresenta en las notas de modo constante, como comentarista subjetivo e introductor de la comunicación con el lector (del que espera una visión crítica análoga a la suya) en un lugar cuya norma es el rigor objetivo y la sobriedad informativa. Es más, el yo moderno de Moratín refuerza su presencia en las notas con múltiples opiniones y falsas verdades que parodian el *Auto* mediante juicios exagerados, irónicos, excusas para fabular sobre supersticiones o personajes famosos como Carlos II, e incluso teatralizar un diálogo metadiscursivo acerca de la censura editorial. Siempre en contacto con un lector implícito cómplice, la voz del Moratín comentarista adquiere, desde los márgenes, un lugar central en la lectura del *Auto de fe*, pues siendo su intérprete se convierte en el centro de interés y en el guía para el receptor de ese texto, un *Auto* del Santo Oficio travestido en texto anti-inquisitorial gracias a la vivaz y satírica prosa marginal moratiniana.

---

<sup>2</sup> Alarcón Sierra, Rafael (2007), "Las 'Apuntaciones sueltas de Inglaterra' de Leandro Fernández de Moratín. Libro de viajes y fundación de una escritura moderna", *Bulletin hispanique*, 109-1, pp. 157-186.

Otros recursos sobresalientes en las notas, dada su típica presencia en la prosa de viajes en general y, en concreto, en la de Moratín –bien analizada por Santamaría–, resultan las continuas comparaciones con la realidad de su siglo (esta vez contrastadas con las escenas expuestas en el *Auto*); el extrañamiento o la perspectiva distanciada del comentarista; el establecimiento de analogías con el teatro (técnica que en el *Auto* parodia o ridiculiza ideas terribles); la captación de la atención del lector con breves anécdotas que amenizan la narración central; o, por último, el juego con las expectativas del lector, creando a veces una intriga que sobresalta y desconcierta al receptor en un punto irrelevante de la historia (en estos casos, el comentarista se adelanta para exagerar los efectos de un futuro pasaje, que escandaliza u horroriza, y que incluso él se plantea, irónicamente, censurar).

La segunda de las objeciones concierne al retrato del *otro Moratín*. Así pues, el ensayista focaliza su interés y descripción casi en exclusiva sobre el escritor disidente y, a mi parecer, una presentación más atenta al contraste con el Moratín oficial aportaría, no solo más fuerza, definición y lógica a las fronteras del *Otro*, sino que contribuiría a la explicación de la dualidad de caracteres. Santamaría afirma que en Moratín “habitan dos escritores”, pero, tal vez, esta polaridad entre “el que fue y el que, realmente, pudo haber sido” puede esconder una dialéctica dotada de cierto sentido lógico. Al menos, esta conexión parece evidente por lo que se refiere a los viajes de Moratín. Es decir, la visión que ofrece Santamaría de un Moratín que rehúsa, durante su etapa de viajero, regresar a su atrasada España, es cierta; aunque, para ser más exactos, habría que añadir que no desea volver a su país atrasado sin la garantía de una posición acomodada y estable. Santamaría omite que el Moratín oficial solicitó sin éxito a Godoy, en distintas ocasiones, un empleo en la administración; y no sería descabellado pensar, en efecto, que fue esta búsqueda frustrada de un espacio en su Madrid natal, cerca del poder, la que le impulsó a seguir viajando. Por supuesto, Moratín aprovechó estos viajes para su formación (de hecho, le convenía labrar una reputación), pero su experiencia en repetidos fracasos y en el conocimiento de la volubilidad del poder –primero con el caso de Cabarrús y luego de Godoy– pudo influirle para no renunciar tampoco durante sus periplos al goce carnal ni al ocio. En suma, la trayectoria del escritor oficial frustrado y fracasado pudo incidir en el desarrollo y en la manifestación del *otro* Moratín, autor de una prosa moderna, subjetiva y libre de correcciones ético-morales.

Para cerrar esta reseña, hacemos nuestra la siguiente conclusión, en palabras del dramaturgo: “solo a fuerza de escarmentos sabemos lo que se debió haber hecho, ignorando siempre lo que se debe hacer”. En

consecuencia, cierto que este libro podría haber incluido un análisis más detenido en las notas del *Auto de fe* que se presenta y cierto que podría haber proporcionado más datos sobre el Moratín oficial; no obstante, si nos ceñimos a las aportaciones propuestas, Alberto Santamaría ha sabido hacer y ha hecho magníficamente con esta publicación su tarea principal, que era mostrar la modernidad de la prosa moratiniana y, sobre todo, realzar la figura de este ilustrado y ponerlo en sintonía *con* y *en* Europa, con sus autores y su clima filosófico-literario. Santamaría reclama y defiende con una madura prosa ensayística, enriquecida con ejemplos y referencias bibliográficas, filosóficas y artísticas, el espacio de un Moratín contradictorio (*uno* y *otro*) en una Europa que a finales del Setecientos atravesaba el umbral entre neoclasicismo y romanticismo. Este libro deja claro que en la prosa de Moratín existió la posibilidad de un romanticismo español que-pudo-ser-y-no-fue y esta aportación, a mi parecer, resulta primordial.

En definitiva, acepten el *mágico* vuelo al que nos invita Santamaría y releen luego a Moratín, al oficial o al disidente. En sus manos está que sí sea posible *montar en una bruja*.

NOELIA LÓPEZ SOUTO  
IEMYRhd, Universidad de Salamanca  
[noelials@usal.es](mailto:noelials@usal.es)